

# SANTANDER EN VERANO

## UNA VISITA A LA UNIVERSIDAD INTERNACIONAL

ESTA Universidad, de claros muros, verde césped y alegre muchachada, tiene un escenario digno de sus fines y su proyección hacia el mundo del saber. Los cursos para extranjeros se inauguraron y funcionan en el antiguo hospital de San Rafael, en una de esas calles santanderinas que se meten ciudad adentro, desde el muelle, pero sin dejar de empinarse para mirar al mar. Una calle por la que muchas veces habrá bajado Sotileza cimbreándose helénica y castamente bajo su carga de pescado fresco.

La inauguración del Curso merece un párrafo especial. José Camón Aznar fué el prologuista de las tareas docentes que aguardaban. Pictórico el asunto, que de la pintura española trataba. Pictórico el cuadro del acto, enmarcado en una teoría de mucetas de vistoso colorido. Doctores franceses con chaqué y boina. Uniformes. Alguaciles con ropillas de terciopelo negro y golas blancas. Maceros municipales en abigarrada baza de sota de bastos. Y ojos muy abiertos para recorrer el atrayente paisaje del salón.

No sabemos qué tal se verá un acto así desde la presidencia. Que desde abajo es seductora la ojeada, díganlo aquellos universitarios de todo el mundo—vieja Europa, joven América, lejána Filipinas, India de misterio—, que hicieron singladuras de meridianos para arribar al puerto santanderino.

Si pictóricos fueron lección y auditorio, internacionales resultaron auditorio y lección. Cadena gloriosa de la pintura española, que hoy mismo regala nombres de categoría universal como Salvador Dalí, Juan Gris y Picasso.

Mucha curiosidad, además, en todas las bocas extranjeras. Y a gentil pregunta, contestación cortés. Es en la hora del cóctel, cuando inesperadamente un hombre del pueblo explica su lección de historia de España. El alguacil señala la medalla de plata que luce en el pecho:

—Y esta torre es la torre del Oro, de Sevilla. Y aquí están las naves de Ramón Bonifaz, santanderino, con las que tomó por mar la ciudad a los árabes en tiempos del rey San Fernando.

Pictórico, internacional, curioso. Ese fué el acto inaugural. Y para que la relación quede más completa, pongámosle un incremento de pupilas llenas aún de luces de estaciones y despachos de telégrafos, y casi, casi, tiznadas un poco todavía de carboncillo y humo de tren.

\* \* \*

En el camino, de vuelta a Monte Corbán, Residencia, un estudiante filipino, internacional de baloncesto, capitán de Infantería en los tres años de guerra en su país, licenciado en Filosofía en la Universidad de Manila, bromea un poco en serio con una maestría argentina y una original criatura francesa, cuya estilizada silueta y bella melena rubia son el pasmo de la Universidad. Y la broma termina con esta afirmación dura, aunque entre sonrisas:

—Oriente es superior a Occidente. Nosotros, los orientales, lo sentimos así... Que no se ofenda nadie. Ningún europeo...

Este kaimo ¡tan elegantel es un buen chico. Pero, sin embargo... Salta al quite, con sinceridad, una periodista madrileña.

—En España se pueden decir estas cosas. Porque nosotros estamos orgullosos de nuestra veta islámica, oriental. Sin por eso dejar de ser europeos...

\* \* \*

Estamos tan orgullosos de nuestra veta oriental, que días después, cuando descubrimos el perfil correcto, la tez atezada y la sonrisa blanquísima del padre Paniker—se dice que es un príncipe indio—, muchos echan de menos el mundo islámico. Aunque siempre habrá grata, eficiente, rica presencia de él en las conferencias de Historia del Arte.

\* \* \*

Hemos hablado del padre Paniker—un sacerdote católico príncipe indio—, y se nos enreda el tema de los curas en la Residencia. El más popular es el padre Oswald Lira, chileno. Hace ocho años que vino de su país y se quedará para siempre en su segunda patria, España. Tiene un perfil muy chileno, un poco de cóndor, unas gafas alegres y una oratoria apasionada. Escribe un libro sobre Quevedo y está rodeado siempre de muchachos, que le adoran, y a los que él da algún coscorrón que otro. Porque, a lo mejor, a lo peor, los muchachos le llevan a pescar percebes entre las rocas más impracticables. Y el padre Lira grita a quien le transmite la segunda invitación:

—Dígale usted a Miguel Sánchez Mazas que ya le daré yo... A cualquier hora vuelve a llevar al hijo de mi madre a pescar percebes...

Este padre Lira es muy castizo. Nos echó una bronca porque en Limpias todos compramos nuestro recuerdo: un rosario, una plaquita con la imagen del Cristo, una medalla:

—¡Esas tiendas de recuerdos religiosos! ¡Metería en la cárcel a todos esos fariseos!...

Ni rechistar. Pensamos en Jesús echando del templo a los mercaderes. Pero, impenitentes, compramos nuestros recuerdos.

El padre Lira es un señor a la vieja usanza. Recuerda: "Imagínese..., ¡se limpiaban el sudor con la servilleta!" Esto le encocora mucho, porque él une al apasionamiento chileno unas maneras de primera clase.

Una noche, después de cenar, en el cuarto de José Antonio Cortázar, nos hemos reunido en tertulia los del cursillo de periodismo. Los profesores, como cumple en un nuevo sentido de la jerarquía—Luis Calvo, José María Escudero, Santiago Galindo, Cortázar—, en el suelo. Los alumnos, mejor acomodados. Y había cuatro curas. Alguien ha gritado: ¡Abajo el clerol... Lo hemos secundado. Lo malo es que a poco se nos va uno de el clero efectivamente abajo. De la ventana, donde se había sentado, al patio. Tan fuerte le dió la risa por algo gracioso que se recitó. El jefe de colaboraciones de A B C le sujetó a tiempo por los pies y no pasó nada...

\* \* \*

Los sacerdotes y los hispanoamericanos son los que más intervienen en las clases de seminario. El padre Valtierra, jesuita, tiene siempre una punta de crítica. Pero discute mucho más aún que él un chico de perfil agudo y ojos claros, al que llamamos, por su origen, "Paraguay". Y que confiesa ingenuamente, cuando se habla de la posibilidad de una agencia de noticias hispanoamericana:

—Pues estará bien... Porque yo no me he podido enterar de lo que pasaba en Bolivia hasta que vine a España...

Al atardecer, "Paraguay" se sienta al piano. Las chicas le piden bailables; pero al final, todo el mundo termina escuchando a Chopin. Y se acerca Enrique Casamayor—poesía y varios años de guerra en Rusia—, que inunda el salón con una cascada de melancólicas marchas. El piano se ha vuelto la estepa rusa, bella y fría a la luz de la luna. Pronto intervendrá un estudiante ucraniano y un polaco. Melancolía enorme...

\* \* \*

La música atrae hasta los choferes. Los chóferes de la Universidad, que durante el día trasiegan los estudiantes desde Monte Corbán a Santander. La Resi-

dencia está a ocho kilómetros de la ciudad. Los choferes no se pierden un solo concierto. Sus preferidos son la orquesta de Cámara y la china Marcela de Juan, con su extraña música.

Les tenemos simpatía cuando les vemos atentos, en el claustro del siglo XVI, escuchando. Y cuentan cosas graciosas. De ellos y de sus autobuses:

—En el mío, desde el año pasado, vive un ratoncito blanco. Se escurre entre el motor y la tapicería. Yo no le cazo nunca, es mi mascota...

La mascota de César vino el año pasado, entre otros, en una jaulita, desde el Consejo de Investigaciones Científicas, de Madrid. Y se ha quedado pensionado por vida en Monte Corbán.

César, además de amar la música y tener un ratón blanco, sabe siempre lo que vamos a almorzar y comer. Es su primera ocupación matinal.

\* \* \*

Importante esto de la comida. El día que fué invitada a la mesa presidencia la señora argentina Celina Rodríguez Paiva, hubo de entrada una paella verdaderamente extraordinaria. Repitió todo el mundo. Y la argentina quedó considerada como mascota.

En el comedor hay un estrado y una mesa presidencial, en la que se sienta el Rector Magnífico e invita a alumnos y profesores. Es curioso; los más jóvenes de los estudiantes protestan de que les sientan a esa mesa. Pero todos suben a ella con cara de pascuas. ¡Ay, vanidad humana, europea, filipina e iberoamericana!

En las demás mesas, durante todo el Curso, se van soldando amistades. Y algunas se anudan más y más en la "tasca" de Monte Corbán.

Porque tenemos un bar lindísimo: bellas maderas, piano y damascos rojos, a precios razonables. Y Santander, la ciudad, con su Namur, su Club de Golf, su Tennis y su Marítimo está a quince minutos de autobús. Pero...

Poco a poco Monte Corbán va ganando a todos. Y los bares de la ciudad son vencidos por la tasca del pueblecito. Leche recién ordeñada y vino flojo—claretillo—, sardinas frescas y bocadillos a precios módicos. Allí se cuecen los percebes que pescó Miguel Sánchez Mazas ayudado por una doctora en historia, y que estuvieron a punto de costar la vida del padre Lira. Allí, en una sala aparte, el profesor Ernesto Lunardi recitó largas estrofas de la *Divina Comedia*.

\* \* \*

¶ Era sábado, y la clientela local interrumpió sus canciones para escuchar al profesor detrás de la puerta. A los españoles nos dió un poco de miedo. ¿Nos tomarían por locos? Pero a la salida, el tabernero dijo:

—¡Qué bien sonaba lo que decía este señor! Gustaba oírlo...

Callaban admirados. Nos pareció excesivo este poso artístico, cultural de los montañeses. Nos dió miedo.

\* \* \*

De los nuestros, los canarios ligan a maravilla con los de Puerto Rico y Santo Domingo. Un médico dominicano explica alegre:

—¡Imagínate que también llaman al autobús guagua! En cambio, en Chile llaman así a los niños...

Todos—casi todos—los chilenos de la Residencia se parecen un poco a Gabriel Cuevas. Hay dos arquitectos entre ellos.

Olga, la maestra peruana, es popularísima. Ha colocado en la librería del patio grande—librería, comedor, bar, tiendecita de perfumería y chucherías se abren al patio, entre tertulias perpetuas—todos los folletos que editó la Oficina Nacional de Turismo de su país. Hace patria esta maestría de ojos verdes...

\* \* \*

Muchos argentinos. Uno, médico, se parece, notable, juvenilmente, a Perón joven. Está en un grupo en que chilenos y españoles hablan de Gabriela Mistral, Huidobro y Neruda. Interviene suavemente, para decir a una española:

—Tiene usted que leer también a Marechal...

\* \* \*

La playa de La Virgen del Puerto, a quince minutos de la Residencia Monte Corbán, está ganando a la del Sardinero. Roba estudiantes a la ciudad. Los primeros, más empecinados en ella, fueron los franceses—con la chiquita estilizada, elegantísima—. Pero ahora, la sirena europea ha sido desplazada por dos mejicanas. Excelentes profesoras de natación. Con un garbo tan helénico como el de las yanquis, pero con un palmito moreno—valga por rostro—mucho mejor.

Las chicas—Josefina Muriel, Ida Rodríguez—son, además, profesoras de Historia... Y admirables escritoras.

\* \* \*

Hay que hablar del continente espiritual de la Universidad. En cuanto a Cursos a seguir: Problemas contemporáneos, Periodismo, Pedagogía, Literatura, Historia del Arte, Cuestiones sociales, Biología, éstos en Valdecilla.

No hay que dar el nombre de los conferenciantes, profesores. Porque la más leve omisión sería injusta. Además, a veces los alumnos son extraordinarios.

Y lo que más interesa en la marcha de los Cursos son los seminarios. Libre discusión, diálogo entre profesores y alumnos. Verdadero intercambio espiritual sobre temas relacionados con Europa, América, cuestiones políticas, organización del mundo...

Y el Curso prosigue, en interminable seminario, en la tertulia del patio, vespéral y nocturna. Conociendo, aquilatando ideas, gente de distintos continentes aprende a conocerse entre sí. Los de habla común más. Hay un joven capitán de Ingenieros—Sicre—, rubio como un sueco—español—, que discute con un hombre mejicano.

\* \* \*

Por las noches, para los que se quedan en la Residencia, hay siempre danzas y coros españoles de las diversas regiones. Los del país ponemos faltas. Pero América aplaude siempre. Y no es raro que, después, alguna voz hispanoamericana cante algo de su tierra. Nos conocemos más a través de nuestras canciones.

\* \* \*

Todo esto pasa, a propósito de la Universidad "Menéndez y Pelayo", en la Residencia Monte Corbán, en un noble edificio de memorables piedras—románico, siglo XVI, XVII, moderno—, montado todo con esos muebles de artesanía, maderas sin barnizar, pero bien labradas, hierros forjados, telas gruesas, de los que tanto se sabe en la tradición de la América hispana.

Todo esto pasa entre más de quinientas personas universitarias; las más, procedentes de distintas partes del mundo, que conviven durante más de un mes. Al terminar el Curso, todos nos despedimos con tristeza. Se planean citas para años en las nuevas amistades separadas por el mar por miles de kilómetros. Pero no asusta la distancia. En la Residencia Monte Corbán se ve cuán cerca están, a dos pasos del corazón, todos los amigos del mundo hispánico, que vale por hispanoamericano.